

y calzonera abierta con tres órdenes de botones, y dirigiéndoseme, me dijo con voz zalamera:

— Usté se viene conmigo, chatita.

Me quedé mirándole, y como él creyera que trataba de resistir, me tomó de las manos y del primer impulso me subió en la silla. Como pude, recogí la sábana que me había cubierto, y sentándome en el incomodísimo fuste me apresté á caminar.

Partió la comitiva, y á la luz del sol escasísimo que se filtraba entre los árboles, vimos al pobre muchacho que nos miraba partir sin derramar una lágrima, sin gemir, sin removerse: parecía un San Sebastián barbudo, inmóvil en el tronco á que le habían atado y con el cuerpo rojo de sangre y apretado de heridas.



CAPITULO II

La captura

CAN pronto como salimos del bosque, sentí la vergüenza que según el Génesis, sintieron Adán y Eva al verse desnudos: reía en la pradera un sol muriente que parecía despedirse del mundo entre los oriflamas que decoraban el cielo azul y la tierna verdura del campo, apenas interrumpida por una que otra florecilla blanca... Tal cual golondrina retardada pasaba como una saeta que fuera directa al nido lejano... Tramontamos una montañita pelada y de forma cónica, dejamos á un lado una laguna que parecía de fuego porque cabalmente se bañaban en ella los últimos rayos del sol; nos metimos en un montecillo que tenía el suelo lleno de hojas mojadas que apagaban las pisadas de los caballos, y ya era de noche cuando empezamos á subir una inmensa

montaña que parecía cerrar el horizonte con un muro negro y triste.

No quisiera recordar aquel ascenso porque me parecería que tornaba á sufrir todas las cosas que pasé entonces. Hambre, de esa hambre rabiosa que impulsa á comer lagartos y ratones; sed, de esa sed que hace parecer deseable el agua de los pantanos más infectos; sueño, de ese sueño que nos consentiría dormir en la punta de una lanza, me hostigaban, me devoraban, me hacían daño; pero no como el ir sentada en aquel fuste que parecía un peñasco lleno de picos y erizado de eminencias, construído expresamente para tormento mío.

A veces se me figuraba que los árboles del camino eran centinelas apostados de trecho en trecho: á veces sentía como una bendición del cielo el aire cargado de humedad que soplaba encaminando á las nubes negrísimas que cubrían el cielo; á veces me caía de la silla y se necesitaba todo el esfuerzo del que me conducía para detenerme en mi lugar.

— ¿Qué, va dormida? A ver si se está en paz, que no me deja manejar la rienda...

No sé cuánto tiempo caminamos; al llegar á lo alto ya no veía ni pizca, y como tuvimos que detenernos algún tiempo para que se dieran y recibieran todas las señas y contraseñas de chiflidos, voces, gritos y demás que les sugería la precaución á los compadres, mi hambre, mi sed,

y sobre todo, mi molimiento de huesos, se aumentaron en un grado espantoso.

Al fin, cuando estábamos en la cima, los caballos patearon unas losas, se abrió una puerta de mano, y luego, tras poco andar, nos encontramos en el patio de una vieja casa de hacienda. Me bajaron del caballo sin que me acordara á tal hora del pudor ni del triste que lo había inventado, y casi á rastras me condujeron hasta un agujero que tenía una fortísima puerta de palo de mezquite. A poco rato entró el mismo que me había traído á caballo, y arrojándome un zarape me dijo groseramente:

— Pa que se tape las carnes.

Puso luego un plato de barro en el suelo y me ordenó:

— Cómase eso, que buena hambre ha de tener.

Y cerró de nuevo la puerta.

Me arrojé sobre la pitanza con furia de bestia, y juro á Dios que ni los gallipavos de las Tullerías, ni los primores de Chapultepec, ni nada de lo que había comido me supieron nunca como aquel plato de frijoles tapado con dos tortillas frías, que devoré á tientas y con ansia de loca. Luego me arrebujé en el zarape, y echándome en el suelo dormí no sé cuántas horas sin parar.

A las nueve ó diez de la mañana se abrió la puerta y el mismo bandido del zarape verde, que andaba ya sin sombrero y cubierta la cabeza con un horrible pañuelo rojo, me dejó más frijoles y me gritó:

— No tarda en venir el jefe; aprevéngase que tiene ganas de conocerla.

En efecto, á poco entró en el horrible antro aquel, un mocetón alto, de tez blanca, de hermosos ojos y con una mosquita negra hacia el labio superior. Vestía de charro, pero el buen gusto y la elegancia de la persona daban al gallardo vestido campestre un aire de dignidad, nobleza y gracia que encantaban. Me obligó el jefe á acercarme á la luz, pero era tan menguada la que entraba por la puerta, que no pudo verme á pesar de los esfuerzos que hizo: me alegré, porque mi pergenio no era digno ni de una cueva de ladrones.

— ¿Esta es la dama de la Emperatriz? Ha de ser alguna vieja de noventa años, de las que tiene consigo doña Carlota... De lo que le servirán las cartas que lleva para del Moral... El Emperador tiene la culpa, pues con su afán de ayudar á los chinacos, nos obliga á no verle como lo que es... ¿Qué tiene puesto encima? ¿Un zarape? ¡Malditas gentes que nunca han de cumplir lo que se les manda tal como se les ordena!... Les digo que no me cojan trapos; pero no que les quiten los suyos á las gentes que piensan traerme... Porque la gente del Chato gane tres ó cuatro reales vendiendo los tiliches de esta pobre vieja, me la cogen desnuda y expuesta á morir... para que así se pierdan los cuatro ó cinco mil pesos que se pueden sacar por ella, á no ser que mamá Carlota tenga la idea de que

sus damas no valen nada... Que busquen un vestido de mujer porque esta señora no puede durar así... Vamos, pero que sea pronto, que sino se me va á morir de frío...

Salió uno de los bandoleros y regresó á poco avisando que no había más que vestidos de hombre: el único traje completo era el de un oficial belga muerto hacía poco en no sé qué encuentro.

— Pues peor es nada, que de andar desnudo á andar en traje de hombre, creo que le convendrá más vestirse de oficial belga que estar en esa facha.

— Buena mujer (hablándome), ¿se pondría un vestido, aunque fuera de hombre y de soldado...? ¿Qué dice? ¿Que sí? Está temblando como si supiera que nos la vamos á comer cruda... Bueno, denle el traje y me la mandan en seguida, yo la aleccionaré y tendremos una conversación... ¡Bruja infeliz! no sabía lo que la esperaba poniéndose en camino en estos tiempos... A ver si su ama se conduele de ella... Nosotros tenemos que cuidarla, pues de otro modo perderemos el rescate: denle lo mejorcito que haya y me la traen para hacerla saber cómo puede marcharse.

¡Lo que es la condición humana! No me dolía tanto el riesgo en que estaba, ni los trabajos que había pasado, ni los nuevos que me aguardaban; me afligía que el bandido guapo me calificara de vieja, de bruja, de buena mujer y otras cosas así de denigrantes. Me puse, pues, á toda pri-

sa los trapos que me habían decretado, que por cierto nada tenían de feos ni de ridículos: pantalón corto y pelliza de paño azul, polainas blancas que llegaban hasta el extremo del pantalón y sombrero de anchas alas, de fieltro negro, adornado con una cimera de plumas de gallo. Todo me venía admirablemente, pues ya llevo dicho que soy (ó era) de estatura más que mediana.

El bandido no daba crédito á sus ojos: al verme entrar adelantó la cabeza, me miró de arriba abajo y concluyó por decirme acertado y como involuntariamente:

— Siéntese... ¿Es usted la señora... aprehendida ayer?

— Sí, señor, yo soy la señora aprehendida ayer.

— Me habían dicho... digo, en las cartas... en las cartas que se le tomaron, aparece... que es usted... creo que no me equivoco... dama de la Emperatriz.

— En efecto, respondí con modestia, tengo la honra de desempeñar ese puesto cerca de Su Majestad.

— Creía que las damas eran... vamos... señoras... ya de edad... vamos... viejas.

— Tengo ya, dije mintiendo lastimosamente, nada menos que veinticinco años, señor...

— Capitán Lanuza.

— Señor capitán Lanuza.

— Dos menos que yo, dijo como para sí... Bien, bien... Usted sabrá que la suerte la... ha hecho caer en manos de

personas que... vamos... necesitan dinero, murmuró como pretendiendo suavizar lo que me iba á decir.

— Me lo figuro; he caído en manos de gentes que exigen un rescate por mi libertad.

— Eso es.

— Pues si lo que se pide no es muy alto, quizá yo pueda pagarlo.

— Sí podrá usted, contando con los tesoros del imperio.

— No cuento ni quiero contar con nada que no sea mis propios recursos... Si ellos no bastan, me sujetaré á mi suerte.

— Su Majestad quizás...

— Su Majestad no tiene para qué saber lo que me acontece: bastantes cuidados tiene para necesitar de uno más.

— Sin embargo, yo quisiera... que se contara esto en México.

— De usted depende que se sepa... pero yo no sé qué vaya ganando con que la gendarmería francesa y las tropas mexicanas le persigan.

— No; quisiera que se contara allá para que la auxiliara ese cuñado de usted que es tan riquísimo y que le da cartas de crédito para casas de Morelia: á ver si mandaba lo que pidiéramos sin necesidad de maltratarla á usted.

— No tiene usted por qué maltratarme. Si algo que us-

ted me pida no se lo puedo dar, me mata usted y allí concluyó todo, exclamé con la voz temblorosa.

— No, no hemos de llegar allá.

Se levantó, dió una vuelta por la habitación, que era amplia, abovedada, húmeda y triste, silbó arrimándose á



una vidriera emplemada que daba á un patio cercano, y apareció el temible bandido del zarape verde, que me miró lleno de extrañeza y me ordenó le siguiera: me dió una gran taza de chocolate rodeada de bollos, me sirvió un poco de vino y se retiró dejándome en un cuarto muy capaz, bien soleado, que tenía

en un extremo un catre de lona, y en el otro una mesa con una jarra llena de agua y una jofaina de loza ordinaria.

El bribón que tan mal me había tratado, salió llevándose la llave y me dejó entregada á las reflexiones que pude hacer en el cortísimo rato que permanecí despierta,

pues no tardé en tumbarme en la cama y en dormir como un lirón.

Dos días más transcurrieron, y el bandido de marras seguía sirviéndome desayuno, comida y cena con una regularidad que habría asombrado á la más correcta y bondadosa dueña de casa. Al cabo de una semana apareció el capitán, el buen mozo Lanuza, y me dijo que podía salir á los corredores y al patio, pues como me había allanado á cuanto me había pedido, estaba seguro de que no cometería la locura de quererme escapar; al mismo tiempo me pidió firmara una orden disponiendo se entregara en una casa de Morelia, para la cual traía carta abierta, una cantidad de cinco mil duros que fijaba por mi liberación.

Naturalmente que firmé cuanto me pidió Lanuza; pero no dejé de observar al mismo tiempo que aquella aspereza en las formas, aquella acedía de las palabras, aquel horrible blasfemar y decir injurias habían cesado en mi presencia. De la mañana á la noche me paseaba en la casona que los bandidos tenían para su servicio, y la verdad es que ni una vez sola fuí víctima de los insultos y los malos tratamientos que el día de mi aprehensión.

No quisiera que algún lector exigente se figurara que pinto bandidos ideales al estilo de los de Mérimée ó de Jorge Sand, pero tampoco quisiera faltar en un ápice á la exactitud; y sea como fuere, ya se figure real ó ficticio

lo que refiero, he de contar todo tal como lo vi, pues de una vez para todas diré que la realidad es tan novelesca, que no me he encontrado todavía ficción alguna, por descabellada que se la suponga, que se parezca en lo intrincada y lo preñada de sorpresas á la vida diaria, que creen muchos tan árida y tan escueta.

Pues bien, es de saberse, que paseando un día y otro por patios y corredores, asomándome á los respiraderos de puertas condenadas, trepando á las azoteas y escurriéndome por pasadizos tenebrosos y que causaban pavor sólo de mirarlos, me llegué á convencer de que la gente se alejaba en ciertos días y de que yo me quedaba en la casa sola y sin más custodia que la de un viejo de cabello crespo blanquísimo y nariz de tablilla.

— Van al trabajo, niña, me decía; van al trabajo y volverán hasta mañana ó pasado.

Excusado me parece decir que en esos días sentía inmensos deseos de escaparme del caserón y tentar la aventura de la libertad, aunque fuera perdiéndome en aquellas barrancas abruptas, en aquellos cerros inmensos y en aquellos bosques cuyos árboles parecían los dedos de una serie de manos que pidieran misericordia, ó mejor, los cabellos alborotados de muchas cabezas que espiaran desde la altura hacia un valle desconocido que mis pobres ojos no podían mirar. Pero ¿á dónde iría que no corriera riesgo de que me cogieran apenas hubiera andado unos cuan-

tos pasos? ¿Cómo podrían mis pies, más acostumbrados á hollar las alfombras de los salones que los guijarros del camino, andar por montañas, vadear precipicios, escalar cimas y hurtar el paso de los ladrones, que de seguro me buscarían por todas partes y acabarían conmigo?

Me resolví, pues, á aguardar un momento propicio más bien que á manifestar impaciencia ó desasosiego, y seguí la vida que siempre había llevado en la casona, vida que por cierto no tenía nada de vejatoria ni de tremenda.

Una tarde (me acordaría aunque viviera mil años) me heló la sangre un lamento que salía del fondo de una escalera que quedaba al bajar á la huerta. Apliqué el oído y no escuché nada; seguí caminando y oí claro y distinto un «¡Aaaay Dooooos!» que me pareció el lamento de un condenado; busqué puerta, ventana, respiradero, cualquier abertura por donde pudiera haberse introducido á aquel pobre y no encontré nada ni vi nada. Comprendí que si preguntaba á ñor Faustino, como se llamaba el viejo de las mechas crespas, corría riesgo de que me delatara; pero en lo sucesivo mi existencia plácida, tranquila, netamente animal, se amargó y se entristeció con aquel horrible y expresivo «¡Aaaay Dooooos!» que me perseguía despierta y dormida, comiendo y descansando, al grado de impedirme pensar en mi propio mal. ¿Quién sería, pensaba yo, aquel infeliz que así lloraba todo el día? ¿Sería hombre ó